



FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES LETRAS

“¿ME QUIERE O NO ME QUIERE?”: EL APEGO INFANTIL GENERADO EN UN
AMBIENTE DE VIOLENCIA INTRAFAMILIAR Y LAS RELACIONES DE PAREJA
ADULTAS

Monografía que como parte del curso Investigación Académica
presenta el alumno(a):

MARIAFÉ MIRANDA CASTRO

20203316

Seudónimo: A. ROSARIO

SANDRA CAROLINA LINARES LUQUE

ANA MARÍA YOUNG STEINDL

LIMA, 2021

Resumen

A través de una revisión bibliográfica, el presente trabajo tiene como objetivo investigar la influencia del apego infantil generado durante la violencia intrafamiliar en las relaciones de pareja en la adultez. Para lograrlo, en primer lugar, se explican los conceptos de apego y violencia intrafamiliar, al igual que su respectiva clasificación. Luego, se vinculan ambos para poder identificar las características de los niños con apegos desarrollados en un ambiente violento y cómo esto influye en la construcción de sus modelos operantes internos generando miedo al abandono y la separación. En segundo lugar, se aborda el concepto de relaciones de pareja y los sistemas que lo conforman, incluido el de apego. Con ello, se explica tanto la influencia del apego inseguro según la dimensión de cuidado y la sexual, así como la influencia del género de la figura de apego que ejerció violencia intrafamiliar en las relaciones amorosas actuales. A partir de ello, se concluyó que el apego inseguro infantil desarrollado durante la violencia intrafamiliar influye, principalmente, en la construcción de modelos operantes internos que median la percepción y las conductas que tendrá el individuo al relacionarse con su pareja.

Palabras clave: apego infantil, relaciones de pareja, violencia intrafamiliar, apego inseguro.

Tabla De Contenidos

Introducción.....	ii
Capítulo 1: El impacto de la violencia intrafamiliar en las relaciones de apego durante la infancia.....	1
Capítulo 2: El apego infantil generado durante la violencia intrafamiliar y su influencia en las relaciones de pareja adultas.....	11
Conclusiones.....	19
Referencias	21

Introducción

Por medio de esta investigación, se abordará la influencia del apego infantil generado durante la violencia intrafamiliar en las relaciones de pareja en la adultez. Esta temática es relevante puesto que la vigente violencia intrafamiliar en la sociedad afecta el desarrollo de los vínculos a corto y largo plazo de los niños. En ese sentido, este tipo de investigaciones permitirán identificar los orígenes de algunos patrones de conducta en las relaciones de pareja, para elaborar una estrategia terapéutica adecuada según el tipo de apego presentado.

Algunos autores coinciden en que la infancia y la niñez son la década más importante porque dentro de esos años se forman vínculos que impactan en las relaciones futuras si se desarrollan en un espacio familiar positivo (Sánchez, 2011; Barroso, 2014; Guerrero, 2018). No obstante, la violencia intrafamiliar altera este ambiente porque es ejercida para subordinar a los otros miembros de la familia e implica cualquier evento que afecte su desarrollo (Fernández, 2018). Dichos eventos suceden, principalmente, mediante el uso de la fuerza o la manipulación emocional (Riggs, 2010; Capaldo y Perrella, 2018). Esta violencia también puede ser clasificada mediante el criterio de la recepción. En la activa, el niño es sujeto de agresiones; en cambio, en la pasiva, el niño es testigo de los ataques hacia otros miembros del entorno familiar (Amar y Berdugo, 2006). Así, a pesar de que la violencia sea física o psicológica, influye en el niño de diversas formas.

Por otro lado, el apego infantil es el vínculo afectivo que se establece entre dos individuos y se construye desde las respuestas sensibles del cuidador ante las necesidades del menor para desarrollar seguridad y modelos operantes internos (Bowlby, 1982; Riggs, 2010). Entonces, cuando las respuestas de la figura de apego son negativas, pueden generar apego evitativo y ambivalente. En el primero, el cuidador no fue receptivo con las necesidades del niño por lo que este se mantiene distante; y, en el segundo, las respuestas han sido receptivas y evasivas por lo que el infante prefiere evitar el contacto (Guerrero, 2018). Por ello, estos tipos de apego están relacionados con la violencia intrafamiliar.

Otro vínculo relevante son las relaciones de pareja, las cuales expresan una relación de apego bidireccional formada entre adultos (Gómez et al., 2016). Esto puesto que ambas comparten las necesidades vinculadas a una figura central. Dichas relaciones se componen por tres sistemas relacionados: el apego, el sexual y el de cuidado que necesitan de las representaciones mentales, construidas durante el apego infantil, para su funcionamiento adecuado (Riggs, 2010; Gómez et al., 2011).

Estos conceptos se relacionan porque la violencia intrafamiliar influye en el apego. Por un lado, cuando las conductas violentas del cuidador son negligentes, se desarrolla un apego evitativo que evidencia rechazo y temor en el menor por las experiencias previas con este (Amar y Berdugo, 2006). Por el contrario, puede generar el apego ambivalente. Consecuentemente, el niño presenta conductas como la preocupación del ambiente en el que se encuentra y la confusión de sentimientos frente a una figura de autoridad (Pabón y Téllez, 2017). Asimismo, el tipo de violencia ejercida influye en la percepción del cuidador. Amar y Berdugo (2006) identificaron que los niños expuestos a violencia activa suelen desarrollar mayormente un apego evitativo, una relación desafiante y sentimientos de rechazo, que los niños expuestos a violencia pasiva.

De esa forma, la violencia distorsiona las representaciones mentales sobre las figuras de apego, lo cual afecta las relaciones de pareja adultas. En el caso del apego evitativo, las actitudes de distanciamiento aparecen frente a la expectativa de que la pareja no pueda suplir las necesidades de la relación (Gay et al., 2013). Mientras que, en el apego inseguro ambivalente, la necesidad de la disponibilidad de la pareja se manifiesta ante el miedo al abandono y, por ende, se justifican las actitudes violentas del otro (Pabón y Téllez, 2017). Por su parte, la figura violenta del hogar impacta según el sexo de la víctima. En varones, las conductas de su madre se relacionan con la percepción de las respuestas de la pareja, pero en mujeres, la relación con el padre se refleja en la comodidad en espacios de intimidad (Martínez et al., 2014).

La investigación se divide en dos capítulos con el objetivo general de identificar la influencia del apego estudiado en las relaciones de pareja adultas. En el primero, se desarrollan los conceptos de apego y violencia intrafamiliar y sus respectivas clasificaciones. Así como la influencia de la violencia en las conductas de apego y los modelos operantes internos. En el segundo, se exploran las relaciones de pareja y los sistemas que las conforman. Para luego especificar la influencia del apego inseguro en la dimensión sexual o la de cuidado, y la influencia del género de la figura de apego que ejerció violencia intrafamiliar en las relaciones amorosas actuales.

Para finalizar, este texto académico aporta a la extensión de información acerca de cómo influye el contacto con experiencias violentas durante infancia en la formación del vínculo de apego en la niñez y su manifestación en las relaciones adultas. Sin embargo, una de las limitaciones de esta investigación es que, al ser solo una revisión bibliográfica, el trabajo de campo y la comprobación de la hipótesis permanecen en la dimensión teórica.

Capítulo 1

El impacto de la violencia intrafamiliar en las relaciones de apego durante la infancia

La familia es el primer espacio de interacción de los seres humanos. Por tanto, es considerada el principal agente socializador, porque determina la construcción e interiorización de modelos apropiados de funcionamiento social durante la vida (Escudero y Montiel, 2017). Esto sucede por medio del vínculo de apego, el cual se consolida durante los primeros años, pero afecta en distintos aspectos de la vida futura de la persona. La sana construcción de este vínculo se puede ver afectada por factores como la conformación de la familia, los estilos de crianza, los conflictos y la presencia de violencia en el entorno (Sutton, 2019). De tal forma, las experiencias familiares negativas, como la violencia intrafamiliar, cumplen un rol importante en la formación del apego durante la infancia.

Ante ello, el primer capítulo pretende definir los dos conceptos principales de apego y violencia intrafamiliar, así como su respectiva clasificación. En el primer caso, según los estudios de Bowlby y Ainsworth, mientras que, en el segundo caso, según la forma de ejercer la violencia y el criterio de recepción. Luego, se relacionarán ambas variables para identificar las características de los niños con apegos desarrollados en un ambiente violento y cómo esto influye en la construcción de sus modelos operantes internos.

La teoría del apego

En la familia se produce el primer vínculo que influirá en la vida de cada individuo porque es el primer espacio de socialización disponible. Dicha socialización comienza cuando el bebé, y posteriormente infante, se relaciona con sus cuidadores al manifestar sus necesidades fisiológicas y afectivas (Guerrero, 2018). De esa manera, esta relación denominada apego, se forma en las primeras etapas de la vida y es vital para el desarrollo del ser humano.

Bowlby (1982), denominó vínculo de apego a la relación de proximidad entre los infantes y sus cuidadores que surge a raíz de las respuestas sensibles proporcionadas por la figura de apego, las cuales permiten al infante desarrollar seguridad para enfrentarse al entorno. Es decir, el niño desprende una serie de conductas a partir de la relación con su cuidador porque lo identifica generalmente como capaz de ayudarlo en la exploración del mundo. Por ello, el sistema de apego es más visible en situaciones que amenazan la seguridad y protección del niño como el cansancio o el miedo (Riggs, 2010).

En medio de este proceso, las figuras de apego cumplen dos funciones principales. Por un lado, permite al infante organizar su conducta debido a que las respuestas sensibles del cuidador le permiten adoptar modelos operantes internos posesivos en relación a él y a los demás (Pérez y Martínez, 2015). En otros términos, a partir de las experiencias con su figura de apego, el niño interioriza representaciones mentales sobre el mundo. De esa forma, sabrá qué esperar del entorno en el que se encuentre y cómo reaccionar frente a ello. En ese sentido, la seguridad que manifieste el niño en sus conductas y su desarrollo depende de las respuestas sensibles del cuidador (Garzón y Martínez, 2017).

Por otro lado, la figura de apego influye en el desarrollo de habilidades de expresión y regulación emocional (Barroso, 2014). Con ello, las respuestas de los cuidadores van a generar un tipo de entorno que impactará en el desarrollo de dichas habilidades. Esto se debe a que las figuras de apego deben enseñar a cómo regular, etiquetar y lidiar tanto con la angustia como con las respuestas emocionales a los estímulos que afecten al niño (Capaldo y Perella, 2018). Ello contribuirá al desarrollo óptimo de las habilidades adecuadas para que el individuo pueda obtener mayor control en su dimensión emocional.

La clasificación de los vínculos de apego.

A partir de la tesis presentada por Bowlby, se planteó una clasificación de los vínculos de apego en colaboración con Ainsworth. Los orígenes de la clasificación se encuentran tanto en la calidad de las interacciones entre la figura central de apego y el niño, como en las reacciones de este último frente a la ausencia de su cuidador (Barroso, 2014). Por ende, las diferentes dinámicas familiares desencadenan los estilos de apego. En base a ello, Ainsworth et al. (1978) y Guerrero (2018) destacan tres tipos de apego caracterizados por ser seguros o inseguros.

Cuando el infante confía en que su figura de apego está disponible y colaboradora, busca un constante contacto y explora su entorno sin problemas porque posee un apego seguro. Este tipo de apego protege y tiene un efecto amortiguador ante los estímulos conflictivos mediante la tolerancia a la frustración y al estrés. Por todo ello, este apego es el más sano para el desarrollo de los individuos.

Cuando el niño tiene incertidumbre sobre las respuestas y disponibilidad de su cuidador, le cuesta explorar el entorno y busca constantemente la reafirmación de su figura central porque posee un apego ansioso ambivalente ante la separación. Aquello sucede porque en el entorno del niño no hay un patrón de respuestas y en su lugar estas se componen de cambios e inconsistencias. Como consecuencia, estos niños sienten mucha ansiedad y poca autonomía

ante estímulos desconocidos.

Cuando el infante percibe que su figura de apego no responde adecuadamente a sus necesidades, prefiere alejarse y no establecer una relación cercana porque posee un apego inseguro evitativo. De esta forma, los padres evitativos detienen el desarrollo óptimo de la intimidad ya que ellos no saben cómo manejar estos espacios con el niño; y a la vez, suelen satisfacer solo las necesidades físicas de los hijos porque estas carecen de contenido emocional. Con base a ello, el segundo y el tercer tipo de apego se consideran inseguros para el desenvolvimiento de los menores.

Importancia de los modelos operantes internos en los vínculos afectivos del niño.

Los modelos operantes internos son un concepto inherente al apego. Se definen como los esquemas representacionales sobre uno mismo, las figuras de apego y el funcionamiento del mundo exterior formados durante el apego infantil a partir de las experiencias con el cuidador (Bowlby, 1982; Amar y Bergudo, 2006). En función de ello, los modelos operantes internos son de vital importancia porque no funcionan solo durante el periodo infantil. Aunque estos modelos se manifiestan por primera vez en la forma en la que el infante percibe a los demás y la forma en la que espera ser tratado, se mantendrán hasta la adultez en la orientación de las conductas de interacción con otros individuos con los que intente entablar relaciones románticas (Barroso, 2014). Por consiguiente, permanecen y se manifiestan a lo largo de las distintas etapas de la vida.

En relación a ello, los modelos internos cumplen un rol importante en el desarrollo de las relaciones interpersonales. Esto debido a que permiten al niño anticipar las actitudes e interacciones con otros individuos, principalmente en situaciones estresantes y amenazantes para él (Sutton, 2019). Así, estos modelos son interiorizados y funcionan como filtro para la percepción de las conductas y eventos desconocidos del mundo. Igualmente, los modelos operantes internos de uno mismo y los demás influyen en las reacciones emocionales y sus procesos cognitivos que se encuentran inmersos en las relaciones sociales (Riggs, 2010). Dicho de otra manera, los modelos internos van a orientar la conducta del niño cuando se relacione con los demás.

En conclusión, el vínculo de apego entre los niños y sus cuidadores influye a lo largo de sus vidas porque les permite organizar su conducta y desarrollar habilidades emocionales. Aquello puede variar según el tipo de apego que desarrolla el infante, ya sea seguro o inseguro, y va a depender de las experiencias con su figura de apego. Esto sucede en simultáneo a la consolidación de modelos operantes internos que afectan significativamente la percepción del

entorno. A partir de lo revisado, resalta la importancia de la calidad del entorno en el que se encuentra el niño durante el desarrollo del apego. Por lo tanto, se explorará el concepto de violencia intrafamiliar ya que es el factor principal que puede afectar la consolidación del apego.

La violencia intrafamiliar

Uno de los problemas más comunes dentro del entorno familiar es la presencia de violencia. Esto dado que la violencia intrafamiliar se puede manifestar de múltiples maneras. Por tanto, el hogar se transforma en un entorno hostil para la sana convivencia y la formación de lazos familiares se ven afectados.

Fernández (2018) define la violencia intrafamiliar como todo acto voluntario o de omisión que cause consecuencias negativas para la salud física y la calidad de vida de familiares vulnerables por medio de la coacción. Es decir, las actitudes violentas permiten a un integrante de la familia subordinar a otros. Esto sucede porque la violencia convierte los vínculos familiares en relaciones de poder que evidencian una subyugación de las víctimas (Walton y Salazar, 2019). Por ende, el miedo a la violencia es la principal estrategia utilizada por el agresor para establecer una relación de poder y dominación con los familiares. Ante ello, no es necesaria la permanencia de un patrón de agresiones para que dichas actitudes sean consideradas como violencia intrafamiliar, sino que basta con la presencia de un evento único (Capaldo y Perella, 2018). Entonces, cualquier acontecimiento que implique actitudes agresivas y coactivas dentro del hogar, constituye un episodio de violencia intrafamiliar.

En relación a las causas, el uso de conductas autoritarias es uno de los factores principales que genera la violencia intrafamiliar cuando los niños son los receptores. Así, la violencia es justificada mediante la autoridad de los adultos para educar a los niños, pero que en realidad los subordina a sufrir a la descarga de frustración de sus padres por diversas dificultades como las carencias económicas y los conflictos intrafamiliares (Garzón y Martínez, 2017; Guerrero, 2018). Con ello, la violencia suele ser socialmente aceptada bajo la premisa de la crianza.

Clasificación de la violencia intrafamiliar según la forma de ejercerla.

El primer criterio que permite clasificar la violencia intrafamiliar es la forma en la que se ejerce. Autores como Capaldo y Perella (2018) y Escudero y Montiel (2017) coinciden en que la clasificación de la violencia intrafamiliar enfocada hacia los menores se puede dividir en abuso físico, sexual, emocional y la negligencia.

Dichos autores destacan que el primer tipo de violencia, la física, implica todas las agresiones voluntarias que ponen en peligro la salud del niño y son perpetradas por la figura de cuidado. Dentro de este grupo se encuentran los golpes, jalones de cabello, quemaduras, cortes, bofetadas, puñetazos, tirar objetos, entre otros.

El segundo, la violencia sexual, se relaciona con las interacciones forzadas por el cuidador que impliquen contacto físico o la exposición del menor a cualquier tipo de contenido sexual. En relación a ello, las acciones que se encuentran dentro de este grupo son las violaciones, tocamientos indebidos, la pornografía, el incesto, entre otras.

El tercero, la violencia psicológica, involucra todas las acciones que puedan afectar emocional y cognitivamente al menor como los mecanismos de manipulación, los insultos y las humillaciones. Pabón y Téllez (2017) complementan la definición de los autores previos al integrar al aislamiento familiar y social como mecanismo de los agresores para perjudicar a las víctimas. Por ese motivo, se convierten en evidencias de este tipo de violencia.

Finalmente, el cuarto, la negligencia, implica el abandono y la ignorancia de los cuidadores a las necesidades de los niños según sus edades. A partir de ello, Escudero y Montiel (2017) establecen una subdivisión dentro de esta categoría en la que se encuentran la negligencia física y la psicológica. La primera abarca el abandono de aspectos como la nutrición, los cuidados médicos o la vestimenta. Mientras que la segunda abarca la carencia de conductas de proximidad, respuestas sensibles, afecto y protección por parte de los cuidadores que impiden el desarrollo de la dimensión psicológica de los niños. Esta división permite comprender que los padres pueden ser negligentes sin dejar de lado las necesidades físicas de los hijos.

Clasificación de la violencia intrafamiliar según el criterio de recepción.

En la línea de lo presentado, un segundo criterio para clasificar la violencia puede comprenderse desde la recepción de las agresiones. Amar y Berdugo (2006) proponen dividir la violencia en activa, cuando el niño es sujeto directo de los ataques y agresiones, y en pasiva, cuando el niño es testigo de las agresiones hacia otros miembros de su familia. Se establece dicha distinción dado que ser sujeto de la violencia y ser testigo de esta misma, afecta de manera diferente las dimensiones del niño.

Por un lado, los niños que son víctimas de violencia activa son sujetos directos de las diversas formas de maltrato en las que el perpetrador tiene la voluntad y elección de ejecutar las acciones violentas (Fernández, 2018). En otras palabras, los encuentros de violencia se realizan directamente entre el agresor y el niño, quien recibe todos los ataques en sus diversas

variantes. Por ello, la relación se caracteriza por el rechazo del agresor hacia el menor y, en algunos casos, la delegación de funciones parentales que agotan al niño (Hughes, 2014). De esa forma, además de las consecuencias físicas y psicológicas de la violencia, el desarrollo del vínculo entre cuidadores y menores se ve afectado. Por ese motivo, los niños que crecen en un entorno violento activo tienen más probabilidades de replicar las conductas violentas de forma especializada en situaciones en las cuales puedan obtener beneficios como el control y la obediencia de quienes lo rodean en la infancia o en la adultez (Teva et al., 2020).

Por otro lado, los niños que son víctimas de violencia pasiva son testigos de la violencia ejercida hacia otros miembros de familia, pero no hacia ellos (Amar y Berdugo, 2006). En otros términos, los niños presencian los actos violentos hacia sus familiares por lo que indirectamente se van a ver afectados. Esto sucede porque las consecuencias de la violencia en otros miembros de la familia hacen que los niños que se encuentren bajo su cuidado se vean afectados por la negligencia (Capaldo y Perella, 2018). De esa manera, la violencia obstaculiza el desarrollo de las actividades cotidianas y la salud de los cuidadores. Consecuentemente, las respuestas se vuelven insensibles ante las necesidades de los niños. También, los menores deben soportar y tolerar tanto la violencia como los constantes estímulos estresores del hogar en el que viven (Escudero y Montiel, 2017). Desde las perspectivas de estos autores se evidencia que los niños son maltratados puesto que, aunque no reciben violencia activa, los efectos de esta en sus familiares los impacta dejándolos desprotegidos.

En síntesis, la violencia intrafamiliar sucede en el hogar cuando un miembro de la familia utiliza las agresiones como método de coacción. Aquello afecta principalmente a los niños por su posición de vulnerabilidad y los efectos tanto físicos como emocionales que padecen. Dada su naturaleza, esta violencia puede ser dividida de diversas formas, ya sea la forma en la que esta es utilizada contra los familiares o la forma en la que se percibe. A raíz de ello, es posible responder la siguiente pregunta ¿la violencia intrafamiliar influye en la formación de vínculos de apego durante la infancia?

La violencia intrafamiliar y su influencia en el apego infantil

La presencia de violencia intrafamiliar en el hogar altera la dinámica familiar sobre todo para los hijos. Por lo tanto, es uno de los principales factores que influye en la formación del apego y el comportamiento de los niños víctimas. Esto sucede debido a que, cuando los padres son perpetradores de violencia, los hijos desarrollan vínculos traumáticos con ellos que generan un conflicto de aproximación-evitación (Riggs, 2010). Dicho de otra forma, los vínculos del

infante se ven afectados porque sus figuras parentales, quienes deberían cuidarlos, son agentes agresores.

En los contextos de maltrato, la violencia influye en el bloqueo de señales que activan el desarrollo adecuado del sistema de apego; por ende, esta desactiva, temporal o permanentemente, los comportamientos y sentimientos originados por el apego (Bowlby, 1982). De esa forma, el desarrollo de un apego seguro se ve obstaculizado por los eventos violentos, y en su lugar se desarrollan los apegos inseguros. Según sea la dinámica familiar, la violencia puede generar en los niños maltratados figuras que le manifiesten retracción o miedo a la pérdida, lo cual derivaría en un apego inseguro evitativo o ansioso ambivalente con sus cuidadores (Amar y Berdugo, 2006). Por ese motivo, las características del entorno en el que se encuentre el infante y su relación con su cuidador determinan el apego desarrollado.

Características de los niños con apegos desarrollados en un entorno violento.

Los niños que han sufrido de violencia, sin importar el tipo de apego desarrollado, comparten una característica general. Las respuestas del cuidador entre aproximación y violencia no han permitido que el infante desarrolle un sentimiento de seguridad ante el exterior (Pabón y Téllez, 2017). Por dicho motivo, la incertidumbre ante los estímulos del entorno es la característica principal en estas víctimas. De la misma forma, los niños que crecen en un entorno violento tienen más probabilidades de repetir las conductas violentas o con quienes lo rodean en la infancia o en la adultez (Teva et al., 2020). En función de ello, los niños manifestarán sus inseguridades en diferentes comportamientos según el apego desarrollado.

Es importante destacar que el tipo de violencia en el entorno tiene influencia en el desarrollo del apego. Así, la violencia psicológica pasiva desencadena principalmente el apego ansioso ambivalente, a comparación de apegos evitativos que se consoliden de este tipo de violencia (Gay et al., 2013). Mientras que los niños víctimas de violencia activa tienden a manifestar conductas evitativas como retracción al agresor, los niños víctimas de violencia pasiva muestran conductas ambivalentes que consisten en la reafirmación de atención y contacto (Amar y Berdugo, 2006). Estas dos perspectivas indican que el tipo de violencia ejercida influye en la percepción y las conductas del niño con su figura de apego.

Los miedos son completamente normales durante la infancia, pero los comportamientos que derivan de ellos se pueden ver afectados por el apego. Según Pérez y Martínez (2015), ante un estímulo que genere miedo, las niñas ambivalentes tienen mayor probabilidad de utilizar las amenazas de abandono como un mecanismo de control; mientras que las niñas evitativas, buscarán consuelo y protección con sus padres, mas serán rechazadas a causa de los factores

familiares. De tal forma, se evidencia que los infantes ambivalentes tendrán una tendencia a querer controlar su entorno. No obstante, las víctimas de violencia pasiva y activa tienen patrones de conducta con relación a la búsqueda de contacto y reafirmación con quienes provean protección y atención (Amar y Berdugo, 2006).

Igualmente, la violencia repercute en la dimensión psicoafectiva del niño. Esto se debe a que el apego interviene en el reconocimiento y desarrollo de habilidades de regulación emocional; por esa razón, estos niños se caracterizan por tener dificultades para manejar tanto la angustia como las respuestas emocionales, principalmente, porque en los entornos familiares violentos no le enseñan cómo etiquetarlas y controlarlas (Capaldo y Perella, 2018). Pero, los diversos tipos de apego utilizan de forma diferente las estrategias frente a las emociones. Por su parte, los individuos evitativos utilizan estrategias de desactivación disociativas para reprimir pensamientos y emociones ante eventos que consideren amenazantes; por el contrario, los individuos ansiosos ambivalentes utilizan estrategias de hiperactivación con la finalidad de obtener la mayor cantidad de información y control de su entorno mientras buscan amenazas (Sutton, 2019). A partir de las estrategias de manejo emocional, se puede identificar el contraste entre cómo las respuestas violentas ambivalentes de los padres originan que el niño busque controlar la información del entorno para reaccionar a los estímulos, y cómo el rechazo causa una represión emocional e indiferencia.

Asimismo, la violencia tiene efectos en la relación del niño con su figura de apego. En el estudio realizado por Amar y Berdugo (2006), los niños testigos de la violencia familiar no declararon que sentían que sus padres ignoran sus necesidades o los rechazan, a diferencia de los niños víctimas de violencia activa que sí declararon que evitan a su madre o su padre porque han experimentado sus reacciones violentas y se sienten desatendidos. Entonces, como los episodios de violencia enfrentan a los menores con sus cuidadores, la relación de apego entre ellos se ve fracturada. En el caso de los niños evitativos, ellos han aprendido a restringir el contacto y las manifestaciones emocionales por lo que las reemplazan con la indiferencia a sus figuras de apego para aparentar una falsa autonomía (Sánchez, 2011). Aquello destaca que la relación de apego evitativo distancia al menor de su cuidador. En el caso de niños ambivalentes, los padres no han podido proporcionar una base segura y aunque estos niños no suelen identificar una figura central de retracción, sí suelen ser precavidos ante los comportamientos de las figuras en su entorno (Guerrero, 2018). Por tanto, la incertidumbre va a mediar el apego ambivalente.

La influencia de la violencia en la construcción de modelos operantes internos.

La violencia influye en la construcción de modelos operantes internos porque estos se forman a partir de las experiencias de su entorno familiar. En ese sentido, las víctimas de maltrato infantil experimentan una crianza deficiente e insensible que desencadena un entorno invalidante (Capaldo y Perella, 2018). Dicho entorno va a ser la fuente primaria de construcción de modelos operantes internos. A partir de ello, los modelos son construidos desde premisas caracterizadas por la invisibilización de uno mismo en comparación de otras personas en su entorno, la incapacidad de merecer apoyo y comodidad, así como la formación de esquemas desadaptativos de desconexión, autosacrificio e inhibición emocional (Riggs, 2010; Smith y Stover, 2016). Esto quedará interiorizado en la construcción de las representaciones del mundo y de sí mismo.

Sin embargo, este entorno consolida modelos internos diferentes que varían ligeramente según el tipo de apego. Por un lado, los infantes que desarrollan apego ambivalente, forman un modelo inconsistente a las figuras de autoridad y un miedo al abandono porque las respuestas de su cuidador se alternan entre la agresividad y la calma (Pabón y Téllez, 2017). De tal manera, el niño interioriza una imagen confusa sobre qué esperar de las figuras de autoridad y de apego que se le presenten a lo largo de su vida. Por consiguiente, la incertidumbre predomina en su modelo operante interno.

Por otro lado, los niños evitativos construyen su modelo interno operante en función a los comportamientos de sus padres. Esto sucede porque la fusión entre violencia y rechazo genera en ellos la conclusión de que no son dignos de ser sujetos de afecto, calma e intimidad (Guerrero, 2018). Por medio de ello, los infantes evitativos han experimentado los efectos de una paternidad rechazante y adoptan un modelo interno operante que clasifica a los demás como débiles, mientras que ellos tienen conductas negacionistas y narcisistas que alejan a otros individuos como mecanismo de evasión (Riggs, 2010). Por tal motivo, la violencia influye en los sentimientos del niño hacia sí mismo.

Empero, algunos de estos niños pueden modificar sus modelos operantes. Eso sucede cuando ellos buscan suplir sus necesidades emocionales por medio de figuras subsidiarias como hermanos o amigos que generen experiencias positivas porque la figura parental no las provee (Amar y Berdugo, 2006). Estas experiencias permiten interiorizar elementos como el afecto y el manejo emocional a sus modelos de pensamiento previos.

En síntesis, la violencia influye de dos formas principales en la relación de apego. Primero, altera el ambiente familiar que determina el tipo de apego a desarrollar, así como en las conductas que se desprenden de los apegos en las dimensiones conductuales y afectivas.

Segundo, influye en la consolidación de los modelos operantes internos que van a orientar las conductas del niño víctima. En estos modelos va a predominar el miedo al abandono como consecuencia de las respuestas violentas variables de los padres.

A partir de las ideas desarrolladas en este capítulo, se puede concluir que el apego es el vínculo entre cuidador y niño para que este pueda desarrollar seguridad ante el entorno, lo cual se puede ver obstaculizado por las diferentes variantes de la violencia intrafamiliar. De manera general, los modelos operantes internos de los niños víctimas se caracterizan por su invisibilización y la inseguridad del entorno. Similarmente, los niños evitativos van a retraerse más frente a las situaciones emocionales, a diferencia de los niños ambivalentes que intentan en lo posible controlar lo que sucede en su entorno a causa de la incertidumbre. Por ello, una vez establecida la vinculación entre la violencia intrafamiliar y el desarrollo del apego infantil, en el siguiente capítulo se podrá identificar la influencia de dicha vinculación en las relaciones de pareja adultas.

Capítulo 2

El apego infantil generado durante la violencia intrafamiliar y su influencia en las relaciones de pareja adultas

A lo largo de la etapa adulta, el vínculo que suele tener mayor importancia es la relación con una pareja romántica dado que esta posee un reflejo de las experiencias de apego en la infancia. Entonces, si se tuvieron experiencias dentro de un ambiente familiar violento, aquello se evidenciará en las actitudes durante la relación. Ello debido a que el apego adquirido tiene un efecto en la percepción de la relación adulta, porque la calidad de las respuestas brindadas en el entorno violento por los cuidadores desencadena la concepción de un modelo de pareja que va a ser incapaz de satisfacer las necesidades de la relación; este modelo se caracteriza por las mismas carencias sufridas en la niñez, como la falta de confianza, proximidad e inseguridad, (Gay et al., 2013; Martínez et al., 2014). En ese sentido, el apego influye en el modelo interno operante que moldeará las conductas del individuo. Asimismo, los niños maltratados no desarrollan óptimamente habilidades de funcionamiento interpersonal, por lo que tienden a sufrir rechazo dentro de los grupos sociales en los que se involucren a lo largo de su vida; es justamente en estos espacios en los que se identificarán las parejas románticas durante la adultez (Smith y Stover, 2016).

Teniendo como punto de partida lo presentado, el segundo capítulo busca definir las relaciones de pareja y desarrollar los sistemas que las conforman. A partir de ello, se especificará la influencia del apego inseguro según la dimensión afectada, ya sea la sexual o la de cuidado. También se explicará la influencia del género de la figura de apego que ejerció violencia intrafamiliar en las relaciones amorosas actuales.

Las relaciones de pareja

Los seres humanos se caracterizan por ser emocionales, incluso forman distintos vínculos con las personas que interactúan como la amistad o el amor filial. Empero, el vínculo que suele tener más importancia es la relación de pareja. Este vínculo entre una pareja se define como la expresión de una relación de apego formada entre adultos bajo el amor, que puede iniciar desde la adolescencia (Hazan y Shaver, 1987; Gómez et al, 2016). En ese sentido, el amor romántico y el apego comparten características relacionadas con una figura central. Cuando el individuo se encuentra en una relación, la figura de apego de la niñez es reemplazada

por la pareja y busca suplir las necesidades físicas y emocionales por medio de esta; por ende, ambos son fuente de cuidado y necesidad, lo que convierte la relación en bidireccional (Riggs, 2010; Barroso, 2014).

Dada la característica de bidireccionalidad, es necesario que ambas partes puedan estar dispuestas a aportar al vínculo. Con ello, los adultos jóvenes buscarían compartir las mismas expectativas y metas dentro de una relación, luego de experimentar un periodo de citas casuales o comprometidas (Knopp et al., 2020). Por esa razón, una relación de pareja necesita de la contribución equilibrada de ambas partes para que funcione sanamente.

Para poder comprender la importancia del vínculo amoroso en la vida humana, es necesario precisar los aportes de esta relación a los individuos. El primer aporte a encontrarse en una relación, es que el mantenimiento de una pareja afectiva en la primera etapa de la adultez, es una fuente de apoyo emocional, afectivo y de interacción social, por lo que tiene un lugar prioritario a comparación de otros vínculos contemporáneos (Facio et al., 2012). El segundo aporte implica el desarrollo del individuo en los aspectos sexuales, identitarios, la planificación de objetivos y la renovación de relaciones familiares (Zanabria, 2019). Estos aportes van a enriquecer el desarrollo tanto del individuo como de su capacidad de entablar y mantener relaciones.

Los sistemas que conforman una relación amorosa.

En cuanto a la conformación de una relación amorosa, esta funciona en base a tres componentes cuya dinámica depende del aporte de cada miembro de la pareja. Tanto Riggs (2010) como Gómez et al. (2011) coinciden en que dichos componentes son tres sistemas interrelacionados: el de apego, el sexual y el de cuidado.

El primer sistema es el de apego, el cual ha evolucionado conforme la edad del individuo. Bartholomew y Horowitz (1991) proponen que el apego adulto se caracteriza por los matices de los modelos operantes internos construidos en la infancia, los cuales pueden ser clasificados en cuatro: en el seguro, se tienen imágenes positivas personales y colectivas con baja evitación y ansiedad; en el desatendido o evitativo, se tienen conductas evasivas porque percibe una imagen personal positiva pero una imagen negativa de los demás; en el preocupado, se tienen conductas ansiosas porque reside en su pensamiento una imagen personal negativa en comparación con la valoración positiva a los demás; y, en el temeroso, existe una imagen negativa personal y colectiva que se manifiesta con conductas tanto evitativas como ansiosas. Por consiguiente, las experiencias de la infancia van a mediar las relaciones adultas. Este sistema de apego implica que un individuo pueda encontrar en su pareja la sensación de

seguridad, preocupación, confianza e interés (Martínez et al., 2014). A partir de esto, se desprenden las conductas de los otros dos sistemas.

El segundo sistema es el de cuidados, el cual se compone de conductas motivadas por la finalidad de suplir las necesidades, favorecer el bienestar del otro y la relación en sí misma. En otros términos, es el sistema que se enfoca en la dimensión emocional de los comportamientos de la pareja. A pesar de que este sistema pueda manifestar un espacio emocional seguro y gratitud hacia la otra persona, también puede ser punto de conflicto cuando existe una carencia de empatía con las necesidades del otro (Cerdán, 2016). Por ello, el funcionamiento óptimo de este sistema depende de las habilidades que posea cada uno de los miembros de la pareja.

El tercer sistema es el sexual, que abarca todos los comportamientos sexuales, eróticos y de proximidad emocional en la intimidad. Aquí se encuentra la disposición que tenga cada individuo para disfrutar e incorporar emociones positivas en los encuentros íntimos. Además, implica tanto el apetito sexual como la valoración de la persona a las relaciones sexuales.

En síntesis, las relaciones de pareja son un vínculo voluntario y bidireccional en la vida de las personas que les permite reexperimentar la relación con una figura de apego. Estas relaciones se componen del equilibrio entre los tres sistemas correspondientes que brinde el estilo de apego que posea cada individuo. A raíz de lo presentado, se puede responder la interrogante ¿Cómo influye el apego infantil generado durante la violencia intrafamiliar en las relaciones de pareja durante la adultez?

El impacto del apego infantil generado durante la violencia intrafamiliar en las relaciones de pareja adultas

Las experiencias de la infancia dentro de un entorno violento permanecen a lo largo de la vida debido a los modelos operantes internos consolidados. Entonces, al alcanzar la etapa adulta, el sistema de apego ejerce un rol protagónico dada su injerencia en las conductas tanto en el sistema sexual como el de cuidado. Estas conductas se reflejan en los vínculos adultos según el estilo de apego infantil desarrollado. De un lado, los adultos evitativos desactivan su sistema de apego, suelen usar la retracción para involucrarse poco en las relaciones, desvalorizan y olvidan sus experiencias familiares infantiles; y por el otro, los adultos ansiosos ambivalentes hiperactivan el sistema de apego, tienen una constante incertidumbre por no tener control de su entorno, se preocupan demasiado por las experiencias de apego pasadas y mencionan recuerdos de su infancia con ira (Sutton, 2019). Estos dos estilos de adultos tienen

recuerdos diferentes de su infancia por las conductas generadas a raíz de los modelos operantes internos de cada estilo de apego.

Dichos modelos internos de uno mismo y de los demás se conciben durante el apego infantil, pero se mantienen a lo largo de la vida si las víctimas de violencia infantil no tienen alguna experiencia de apego seguro con una figura subsidiaria (Capaldo y Perella, 2018). En otros términos, los modelos internos generados en un entorno violento son modificables si estos niños establecen conductas de apego con una figura secundaria que cumpla con sus necesidades. Frente a esta situación, Fitzgerald et al. (2021) consideran que encontrarse en una relación sana puede funcionar como experiencia positiva para reconstruir, durante la adultez, modelos operantes internos influidos por apegos infantiles inseguros. De lo contrario, las representaciones mentales generadas durante el maltrato infantil que van a predominar en estos individuos se caracterizan por la desconexión, auto sacrificio e inhibición emocional (Riggs, 2010). Todo aquello va a interferir en la capacidad del individuo para formar relaciones seguras.

Por otro lado, si dos individuos inseguros se emparejan para formar una relación, esto puede afectar la percepción de la misma. En ese caso, la combinación más peligrosa para los individuos se produce cuando uno presenta apego evitativo y otro apego ansioso ambivalente; ya que, la dinámica de la relación es muy inestable porque la persona evitativa suele tomar distancia emocional y alejarse de los compromisos, lo cual generaría fuertes sentimientos de inseguridad en la persona ambivalente que demanda atención y disponibilidad emocional (Barroso, 2014). Por lo tanto, el estilo de apego de la pareja con la que el individuo se encuentre influirá en las estrategias y conductas que manifieste.

Repercusiones en la dimensión sexual de la pareja.

Las repercusiones del apego infantil inseguro afectan la dimensión del sistema sexual de la relación. Estos dos sistemas se cruzan cuando la seguridad emocional del vínculo de pareja se satisface, en parte, mediante el deseo erótico (Sánchez, 2011). Por ende, la influencia del apego inseguro se manifestará en los comportamientos sexuales.

Esta situación se origina en los modelos internos de inadecuación y autodesprecio interiorizados cuando fueron infantes puesto que, como han fracasado en la autorregulación afectiva, recurren a conductas sexuales como mecanismos de afrontamiento ante estímulos estresantes en su entorno, lo que genera un conflicto de aproximación/evitación en el cual las parejas sexuales alivian temporalmente la tensión en estas personas, pero también conduce a un autoconcepto débil (Jore et al., 2016). Por tanto, el ciclo se repite cuando se alternan los encuentros íntimos con la aversión sexual según el estilo de apego adoptado.

A partir de ello, las conductas se van a evidenciar según el tipo de apego del individuo. De un lado, las conductas sexuales de las personas ambivalentes tienen el objetivo de reducir su inseguridad, por lo que utilizan los encuentros sexuales como espacio para que su pareja muestre conductas de cuidado y aliviar su incertidumbre (Sánchez, 2017). Por ello, están dispuestos a anteponer las necesidades sexuales de su pareja sobre las suyas; ya que, este mecanismo les permite lograr intimidad emocional y evitar, tanto el rechazo como la rabia de sus parejas (Gómez et al., 2011; Guzmán y Contreras, 2012). Esta conducta refleja el miedo al abandono y la incertidumbre de las personas ambivalentes.

Por su parte, aquellos individuos que tienen un estilo de apego evitativo, como consecuencia de las agresiones infantiles, tienen una conducta cíclica que se caracteriza por tener un mayor número de parejas sexuales puesto que separan la práctica sexual del compromiso como un mecanismo de defensa secundario ante la posibilidad de abandono de la pareja sentimental; en ese sentido, se caracterizan por tener relaciones sexuales casuales para no lidiar con las implicancias emocionales (Sánchez, 2011; Jore et al., 2016). Igualmente, el desentendimiento emocional de estas personas también se relaciona con las experiencias de la infancia. Estas personas replican en la adultez la valoración de sus experiencias infantiles, por esa razón, suelen encontrarse aislados de sus relaciones familiares; de esa forma, las relaciones de pareja actuales son poco valoradas y así, muchos individuos evitativos tienen altas probabilidades de ser infieles (Urrego et al., 2016). Las conductas que manifiestan estas personas demuestran el aislamiento y la desconexión con los demás como consecuencia de la violencia en el proceso de vinculación infantil.

Repercusiones en la dimensión de cuidado de la pareja.

El apego infantil también repercute en la dimensión del sistema de cuidados en la pareja. Esto se debe principalmente a que el apego inseguro afecta el desarrollo de las capacidades de autorregulación, como consecuencia de la violencia intrafamiliar, y estas personas tienden a ser agresivas en sus propias relaciones o más tolerantes con la violencia en su relación (Barroso, 2014; Smith y Stover, 2016).

Con respecto a las conductas de cuidado y la replicación de la violencia en las relaciones de pareja, tanto el apego como la experiencia infantil son factores influyentes en la transmisión intergeneracional de la violencia. Las víctimas de violencia intrafamiliar activa y/o pasiva se rodean de experiencias violentas en la familia de origen que desencadenan modelos operantes internos manifestados en actitudes que aceptan y toleran la violencia (Teva et al., 2020). A raíz de ello, el uso de la violencia como mecanismo se transmite en las relaciones adultas.

Ante ello, el estudio de Gay et al. (2013) concluye que las víctimas con apego evitativo se correlacionan solo con la vulnerabilidad a recibir violencia, mientras que el apego ambivalente está correlacionado con la perpetuación de la violencia y la recepción de la misma. En otras palabras, la violencia es utilizada por algunas personas ambivalentes como mecanismo de control de sus parejas, aunque también sean vulnerables a recibirla si se emparejan con otras personas ambivalentes. En el estudio de Pabón y Téllez (2017), las mujeres que sí habían desarrollado apego ambivalente en la infancia por la violencia intrafamiliar, defendían las actitudes violentas de sus parejas apelando a la empatía y convencidas de que la situación era su responsabilidad. Ambos estudios muestran que el apego ambivalente en la adultez demanda la disponibilidad de la pareja, a pesar de las respuestas insensibles que esta brinde. Ello es una réplica de lo que sucede en la niñez cuando el infante necesita atención, pero el cuidador es negligente.

Acercas de la satisfacción dentro del vínculo de pareja, las conductas de cuidado de las personas con apegos inseguros influyen negativamente. Los factores de ansiedad y evitación dentro de las relaciones están asociados con una menor calidad en la percepción del compromiso y la satisfacción dentro de las parejas (Martínez et al., 2014). Desde dicha premisa, las distinciones en los comportamientos se van a evidenciar según el tipo de apego desarrollado.

En el caso de las personas con apego ansioso ambivalente, la hiperactivación del sistema de apego desencadena una tendencia a aferrarse a los individuos de su entorno por lo que desean reciprocidad y cercanía de su pareja; para lograr ello, pueden tratar de satisfacer sus propias necesidades y deseos unilateralmente mediante conductas controladoras como obsesiones, celos descontrolados y manipulaciones, o pueden demandar y aceptar cercanía priorizando los deseos del otro (Sánchez, 2011; Gay et al., 2013; Sutton, 2019). Así pues, las conductas de cuidado ansiosas ambivalentes suelen encontrarse en uno de estos dos extremos posibles. Esto sucede debido a la influencia del apego en las habilidades y actitudes por medio de los modelos operantes internos. Esto influencia a los individuos a tener un carácter ya sea muy dependiente y sumiso o muy dominante y propicio de control ante la ansiedad del abandono lo que se evidencia en los altibajos emocionales y su expresividad (Sánchez, 2017).

Por su parte, en el caso de los individuos evitativos, la desactivación de su sistema de apego deriva en el alejamiento de la intimidad emocional como mecanismo de defensa, lo que se manifiesta cuando les cuesta establecer lazos de confianza y tienen altibajos emocionales que dificultan la construcción de la relación (Riggs, 2010; Guzmán y Contreras, 2012). Es decir, estas personas prefieren no involucrarse emocionalmente ante el posible abandono de su pareja.

Esto se debe a que el apego evitativo ha forjado una falsa autosuficiencia en estas personas, lo que se evidencia cuando no saben pedir ni brindar apoyo emocional y actitudes con poca solidaridad, cariño, empatía y expresividad en sus relaciones (Gómez et al., 2016). Consecuentemente, las conductas de cuidado serán evadidas o, por el contrario, precarias.

La influencia del género de la figura de apego que ejerció violencia intrafamiliar en las relaciones amorosas actuales.

El vínculo de apego formado con el progenitor del sexo opuesto tiene influencia en el desenvolvimiento de la relación de pareja. Cada género tiene un desarrollo de las dimensiones que es compensado por el apego con el cuidador de género opuesto. De esa manera, la construcción de la identidad interpersonal que implica la capacidad de proximidad y la percepción de los otros se relaciona más con las mujeres; mientras que la seguridad en espacios de intimidad se relaciona más con los varones (Martínez et al. 2014). Por consiguiente, para que un individuo pueda desarrollar de manera balanceada dichas dimensiones, debe equilibrarlo con lo que le ofrece la figura de apego del género contrario.

Desde el lado femenino, la figura materna influye en las percepciones. Por lo que, los varones que recuerdan a madres violentas y con una crianza fría, distante, rechazante e insensible, suelen caracterizarse por el miedo al abandono y una percepción insegura y negativa de sus modelos de pareja (Sánchez, 2017). De tal forma, la percepción materna se replica en la pareja como una fuente de seguridad, o inseguridad, en situaciones de ansiedad y preocupación que se encuentran inmersas en una relación.

Desde el lado masculino, el rol de la figura paterna influye en la confianza. De ese modo, la falta de una figura paterna disponible emocionalmente puede desarrollar la desconfianza y la incomodidad en la intimidad de las relaciones cercanas; con ello, el apego ansioso ambivalente se ha relacionado a la falta de apoyo y presencia paterna, mientras que la desconfianza paterna se ha asociado con el apego evitativo (Jore et al., 2016). Por ese motivo, la confianza e intimidad de las mujeres con sus parejas se verá afectada significativamente si su figura paterna ejerció violencia infantil.

En suma, la influencia del apego infantil generado en un entorno violento durante las relaciones amorosas va a depender del estilo de apego desarrollado. En relación a ello, las personas evitativas desactivan sus conductas de apego; mientras que, las personas ambivalentes las hiperactivan. Igualmente, el género opuesto de la figura de apego que ejerció o atestiguó la violencia en el hogar durante la infancia influye en los individuos. En varones, se evidencia en la percepción de la pareja y su relación materna; en cambio, la comodidad en espacios de

intimidad depende de la relación paterna en mujeres.

Para concluir, los sistemas que componen las relaciones amorosas en adultos jóvenes se ven influenciados por el apego infantil de cada uno de los miembros de la pareja porque los modelos operantes internos infantiles perduran en su configuración del mundo. Por ende, tendrán cambios en las conductas de apego que se manifiestan principalmente en los comportamientos de la dimensión sexual y de cuidados dentro de la relación. Estos comportamientos son característicos según el estilo de apego desarrollado, ya sean conductas de distanciamiento en las personas evitativas o conductas controladoras o de reafirmación en las personas ambivalentes.

Conclusiones

- Por medio de los diversos estudios analizados, se evidencia que la violencia intrafamiliar influye en la formación del vínculo de apego en los niños de tal forma que afecta la construcción de sus modelos operantes internos, los cuales se van a caracterizar por el miedo al abandono. Dichos modelos permanecen hasta la adultez y generan la expectativa de que la pareja tendrá las mismas carencias que la figura de apego infantil, por lo que orientan al individuo a protegerse de la separación mediante los sistemas de conductas sexuales y de cuidado. Estas conductas van a depender del estilo de apego inseguro desarrollado, ya sea evitativo o ansioso ambivalente respectivamente.
- El estilo de apego desarrollado en el niño depende directamente de la calidad de las experiencias con su cuidador principal y las respuestas que este brinde a sus necesidades. En ese sentido, las respuestas del cuidador pueden ser negligentes o agresivas ante las necesidades físicas y emocionales del niño en un contexto de violencia intrafamiliar. Por ende, como el infante no tiene el apoyo de su cuidador para desarrollar seguridad ante el entorno como consecuencia de la violencia, es altamente probable que desarrolle alguno de los estilos de apego inseguro como el evitativo o el ansioso ambivalente.
- El apego infantil inseguro va a influir en el funcionamiento del sistema de apego adulto que compone las relaciones amorosas durante la adultez. A su vez, los efectos se replicarán en los sistemas de conductas sexuales y de cuidado porque estas actitudes del individuo dependen de su estilo de apego. Por un lado, si el apego infantil es evitativo, los adultos desactivan su sistema de apego actual por lo que evitarán la cercanía emocional y sexual en sus relaciones. Por el contrario, si el apego infantil es ansioso ambivalente, los adultos hiperactivan su sistema de apego actual por medio de conductas para mantener cercanía con su pareja en las dimensiones sexuales y de cuidado.
- El tipo de violencia intrafamiliar presente en el entorno del niño va a influir en la formación de su vínculo de apego. Por su parte, la violencia activa y física origina más un estilo de apego evitativo al confrontar directamente al infante con su figura de apego en episodios de agresión. Mientras que la violencia pasiva y psicológica suelen resultar en un estilo de apego ansioso ambivalente porque las respuestas han confundido al infante y este no tiene una idea clara de qué esperar de su entorno.
- Los modelos operantes internos que se consolidan durante la violencia intrafamiliar quedan configurados con una aceptación y tolerancia hacia las conductas violentas dentro de las

relaciones interpersonales que presencian los niños. Consecuentemente, la transmisión intergeneracional de la violencia probablemente ocasionará que estos niños repliquen o toleren la violencia en sus relaciones adultas. No obstante, existen factores como las figuras subsidiarias y las experiencias positivas que pueden reconfigurar los modelos internos. Por tanto, no todos los niños que han sufrido de violencia intrafamiliar se convierten en agresores.

- En relación a los estilos de conducta durante la relación adulta, mientras que las personas evitativas siempre se van a caracterizar por la evasión y la desconexión, las personas ansiosas ambivalentes pueden actuar de dos formas para no perder el vínculo con sus parejas. Así, van a buscar la cercanía con ellos ya sea con una postura de dominación mediante actitudes de control y manipulación, o con una postura de sumisión anteponiendo los deseos de su pareja.
- El género de la figura de apego influye en la consolidación de los modelos operantes internos de los niños. En lo que respecta a las figuras maternas, un distanciamiento entre ellas y los hijos puede causar que estos perciban a sus futuras parejas inseguramente, distantes y negligentes. En lo que respecta a las figuras paternas, la calidad de la relación entre ellos y las hijas puede causar inseguridades sobre los comportamientos de la pareja en los espacios de intimidad.
- Esta investigación contribuye en la recopilación de información verídica que permite identificar el impacto del vínculo de apego infantil formado durante la violencia intrafamiliar en los comportamientos dentro de la esfera romántica adulta. También, aporta indirectamente en la comprensión de cómo influyen las experiencias de la infancia en los comportamientos de la etapa adulta. No obstante, se presentaron una serie de limitaciones. La naturaleza teórica de esta investigación dificulta la evidencia de la información analizada en una población mediante un trabajo de campo, para obtener resultados más precisos. Asimismo, algunos estudios analizados no eran longitudinales, lo que dificulta el análisis sobre la influencia de diversos tipos de violencia en la consolidación del apego desde la infancia hasta la adultez. Para complementar los hallazgos, sería oportuno poder extender la línea de investigación hacia los factores que posibilitan la modificación de modelos operantes internos desde un entorno violento en la infancia y su manifestación en la adultez en un mismo sujeto de estudio.

Referencias

- American Psychological Association. (2020). *Publication manual the American Psychological Association* (7.0 ed.).
- Ainsworth, M., Blehar, M., Waters, E., & Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: A psychological study of the strange situation*. Lawrence Erlbaum.
<https://mindsplain.com/wp-content/uploads/2021/01/Ainsworth-Patterns-of-Attachment.pdf>
- Amar, J. y Berdugo, M. (2006). Vínculos de apego en niños víctimas de la violencia intrafamiliar. *Psicología desde el Caribe*, 1-22.
<http://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/psicologia/article/view/2076>
- Barroso, O. (2014). El apego adulto: la relación de los estilos de apego desarrollados en la infancia en la elección y las dinámicas de pareja. *Revista digital de medicina psicosomática y psicoterapia*, 4(1), 1-25.
https://www.psicociencias.org/pdf_noticias/Apego_Adulto.pdf
- Bartholomew, K., & Horowitz, L. (1991). Attachment styles among young adults: A test of a four-category model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61(2), 226–244.
<https://doi.org/10.1037/0022-3514.61.2.226>
- Bowlby, J. (1982). Attachment and loss: Retrospect and prospect. *American Journal of Orthopsychiatry*, 52(4), 664–678. <https://doi-org.ezproxibib.pucp.edu.pe/10.1111/j.1939-0025.1982.tb01456.x>
- Capaldo, M., & Perrella, R. (2018). Child maltreatment: an attachment theory perspective. *Mediterranean Journal of Clinical Psychology*, 6(1), 1-20.
<https://doi.org/10.6092/2282-1619/2018.6.1822>
- Cerdán, S. (2016). *Apego y relaciones románticas* [Trabajo Fin de Grado, Universidad Pontificia Comillas]. Repositorio Comillas. <http://hdl.handle.net/11531/13378>
- Escudero, L., y Montiel, A. (2017). *Consecuencias de la exposición a situaciones de violencia intrafamiliar durante la infancia* [Trabajo de fin de grado, Universidad Autónoma de Madrid] Repositorio Institucional de la Universidad Autónoma de Madrid.
https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/680449/escudero_pino_laur_atfg.pdf?sequence=1
- Facio, A., Resett, S., Micocci, F., Rasch, L., y Iglesia, F. (2012). Las relaciones amorosas a comienzos de la adultez emergente. Algunos antecedentes y correlatos de la satisfacción

- con la pareja. *Investigaciones en Psicología*, 17(2), 49-62.
<https://core.ac.uk/download/pdf/287881546.pdf>
- Fernández, A. (2018). Violencia intrafamiliar y colectivos especialmente vulnerables: menores y ancianos. Apuntes desde un enfoque interdisciplinar. *Revista Internacional de Doctrina y Jurisprudencia*, 19, 1-25.
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6796871.pdf>
- Fitzgerald, M. (2021). Developmental pathways from childhood maltreatment to young adult romantic relationship functioning. *Journal of Trauma & Dissociation*. 22(3), 1-17.
<https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1080/15299732.2020.1869653>
- Garzón, J. M., y Martínez, E. (2017). *Estado del arte de los trabajos de grado sobre pautas y prácticas de crianza en la Universidad Pedagógica Nacional en el periodo comprendido entre los años 2005 a 2016*. [Trabajo de fin de grado, Universidad Pedagógica Nacional] Repositorio Institucional de la Universidad Pedagógica Nacional.
<http://hdl.handle.net/20.500.12209/9960>
- Gay, L., Harding, H., Jackson, J., Erin E. Burns & Baker, B. (2013). Attachment Style and Early Maladaptive Schemas as Mediators of the Relationship between Childhood Emotional Abuse and Intimate Partner Violence. *Journal of Aggression, Maltreatment & Trauma*, 22(4), 408-424. <https://doi.org/10.1080/10926771.2013.775982>
- Gómez, Á., López, P., y Gómez, M. (2016). Experiencias positivas y negativas en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. *Revista de psicología (Santiago)*, 25(2), 1-19.
<http://dx.doi.org/10.5354/0719-0581.2016.44745>
- Gómez, J., Ortiz, M., y Gómez, J. (2011). Experiencia sexual, estilos de apego y tipos de cuidados en las relaciones de pareja. *Anales de Psicología/Annals of Psychology*, 27(2), 447-456. <https://revistas.um.es/analesps/article/view/123081/115711>
- Guerrero, R. (2018). *Educación emocional y apego. Pautas prácticas para gestionar las emociones en casa y en el aula* (1ra ed.). <https://docer.com.ar/doc/s5n85e>
- Guzmán, M., y Contreras, P. (2012). Estilos de apego en relaciones de pareja y su asociación con la satisfacción marital. *Psyche*, 21(1), 69-82. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/psykhe/v21n1/art05.pdf>
- Hazan, C., & Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52(3), 511-524.
<https://doi.org/10.1037/0022-3514.52.3.511>
- Hughes, D. (2014). Interacción madre-hijo/a que viven violencia intrafamiliar: Un estudio de

- caso. *Revista de Psicología - Universidad Viña del Mar*, 4(7), 33-61. <http://sitios.uvm.cl/revistapsicologia/revista/07.03.interaccion.pdf>
- Jore, J., Green, B., Adams, K., & Carnes, P. (2016). Attachment dysfunction and relationship preoccupation. *Sexual Addiction & Compulsivity*, 23(1), 56-90. <https://doi.org/10.1080/10720162.2015.1047917>
- Knopp, K., Rhoades, G. K., Stanley, S. M., & Markman, H. J. (2020). “Defining the relationship” in adolescent and young adult romantic relationships. *Journal of Social and Personal Relationships*, 37(7), 2078-2097. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1177/0265407520918932>
- Martínez, J., Fuertes, A., Orgaz, B., Vicario, I. y González, E. (2014). Vínculos afectivos en la infancia y calidad en las relaciones de pareja de jóvenes adultos: el efecto mediador del apego actual. *Anales de Psicología*, 30(1), 211-220. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.30.1.135051>
- Pabón, D. y Téllez A. (2017). *Conformación familiar y estilos de apego de mujeres maltratadas por su cónyuge residentes en Villavicencio*. [Trabajo de fin de grado, Universidad Cooperativa de Colombia] Repositorio Institucional de la Universidad Cooperativa de Colombia. <https://repository.ucc.edu.co/handle/20.500.12494/12803>
- Pérez, V., y Martínez, L. (2015). Apego, miedo, estrategias de afrontamiento y relaciones intrafamiliares en niños. *Psicología y salud*, 25(1), 91-101. <https://psicologiaysalud.uv.mx/index.php/psicysalud/article/view/1342/2468>
- Riggs, S. (2010). Childhood emotional abuse and the attachment system across the life cycle: What theory and research tell us. *Journal of Aggression, Maltreatment & Trauma*, 19(1), 5-51. <https://doi.org/10.1080/10926770903475968>
- Sánchez, M. (2011). *Apego en la infancia y apego adulto: influencia en las relaciones amorosas y sexuales*. [Trabajo de fin de Máster, Universidad de Salamanca] Repositorio Documental de la Universidad de Salamanca. <https://gredos.usal.es/handle/10366/99355>
- Sánchez, S. (2017). *Apego adulto y satisfacción afectivo-sexual: ¿cómo influye la familia de origen?*. [Trabajo Fin de Grado, Universidad Pontificia Comillas]. Repositorio Comillas. <http://hdl.handle.net/11531/23233>
- Smith, L., & Stover, S. (2016). The moderating role of attachment on the relationship between history of trauma and intimate partner violence victimization. *Violence against women*, 22(6), 745-764. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1177/1077801215610863>

- Sutton, T. (2019). Review of Attachment Theory: Familial Predictors, Continuity and Change, and Intrapersonal and Relational Outcomes, *Marriage & Family Review*, 55(1), 1-22. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1080/01494929.2018.1458001>
- Teva, I., Hidalgo, N., Pérez, M., & Bueso, N. (2020). Characteristics of childhood family violence experiences in Spanish batterers. *Journal of interpersonal violence*, 0(00), 1-24. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1177/0886260519898436>
- Urrego, Y., Gaitán, N., y Umbarila, D. (2016). Relación entre el tipo de apego y la conducta de infidelidad en adultos jóvenes. *Revista de Psicología*, 12(24), 41-54. <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/6146>
- Walton, S., y Salazar, C. (2019). La violencia intrafamiliar. Un problema de salud actual. *Gaceta médica espirituana*, 21(1), 96-105. <http://scielo.sld.cu/pdf/gme/v21n1/1608-8921-gme-21-01-96.pdf>
- Zanabria, R. (2019). *Dimensiones de apego adulto e inversión en las relaciones de pareja de estudiantes universitarios*. [Trabajo de Bachiller, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/14453>.